

EL SILENCIO EN EL MAESTRO

Entre la literatura pedagógica dedicada al estudio de la figura del maestro hay una obra que recoge la doctrina de San Juan Bautista de la Salle y que es ya clásica en la Pedagogía. Me refiero a la del hermano Agatón sobre las virtudes del maestro (1).

Al nombrar las doce fundamentales virtudes del maestro menciona en segundo lugar la del silencio, que parece ha de chocar con el quehacer principal de quien se dedique a la tarea docente.

EL SILENCIO Y LA ENSEÑANZA.

El silencio es una de esas actitudes humanas tras de la cual se van tradicionalmente las almas finas, recogidas y espirituales.

Mas parece que tal actitud no conviene al maestro, cuya profesión está ressellada con el olvido de sí. El punto que hace confluentes las miradas y las preocupaciones del maestro no está en su propia vida, sino en la vida y en el alma del discípulo. El maestro ha de mirar, no lo que a él le conviene, sino lo que conviene al alumno; ha de abandonar el retiro, sabroso y atrayente, para dedicarse al trato con sus escolares.

De otra parte, si el maestro ha de ser ministro de la verdad, y la más alta verdad se halla envuelta en la fe, y la fe

(1) H. AGATÓN: *Las doce virtudes del buen maestro, según San Juan Bautista de la Salle*. Usó para este trabajo la segunda edición castellana impresa en Madrid, sin fecha.

proviene del oír, como dijo el Apóstol (2), infiérese que la misión del maestro es hablar.

¿Por qué no pensar que la función magistral sea hablar, hablar siempre a fin de que en el abundoso caudal de palabras tenga el discípulo mayores ocasiones de aprender?

Cuando San Benito escribía la regla para sus monjes, camino por donde tantos y tantos habían de buscar a Dios, puso en ella un capítulo seis rotulado así: «Del silencio.» Y acude a las palabras del profeta para hacer de ellas su regla: «Puse candado a mi boca, enmudecí y me humillé, no hablando aun de cosas buenas.» Pero, puntualizando más adelante, escribe el gran Patriarca del monacato occidental: «Rara vez, pues, se conceda a los discípulos licencia para hablar.» Parece como si el santo abad pidiera silencio para los discípulos, mas no para los maestros. Y así es, efectivamente, porque siguiendo su lectura nos encontramos con esta clara sentencia: «El hablar y enseñar toca al maestro; oír y callar conviene al discípulo» (3).

¿Cómo San Juan Bautista de la Salle nos dice ahora que el silencio es una de las principales virtudes del maestro?

NOCIÓN DEL SILENCIO.

Para contestar a esta pregunta hemos de ver lo que es en verdad el silencio y las relaciones que consigo arrastra.

He aquí lo que el hermano Agatón nos dice del silencio, siguiendo la doctrina de San Juan Bautista de la Salle.

«Con el nombre de silencio entendemos aquí generalmente una prudente discreción en el uso de la palabra, de manera que el maestro calle cuando no debe hablar, y hable cuando no debe callar.

Dos funciones ejerce, pues, esta virtud; porque si enseña al maestro el arte de callar, le enseña también el de ha-

(2) *A los Romanos, X, 17.*

(3) *Regla de San Benito, cap. VI.*

blar, haciéndole evitar así los dos defectos condenados por ella, a saber: la taciturnidad y la locuacidad» (4).

Tal vez este concepto nos defraude. Tal silencio no es silencio, sino discreción en el hablar, pudiera pensarse.

Mas a poco que reflexionemos veremos que tal concepción del silencio no es un subterfugio o ganas de poner un nuevo nombre a lo que le tiene ya.

No puede darse un valor absoluto al significado corriente del silencio, porque equivaldría a la muerte. El hombre, rodeado de cosas, rodeado de hombres, envuelto y sustentado por Dios, está recibiendo constantemente el influjo de cuanto le rodea y de cuanto tiene dentro de sí. La palabra viene únicamente a clarificar el lenguaje universal del mundo; es un signo que se pone entre la verdad de las cosas y nuestra capacidad de conocer; si la palabra, en lugar de aclarar el mensaje de las cosas, entorpece la posesión directa de la verdad, entonces sobra, está de más, es palabra viciosa.

De aquí que el silencio no signifique ausencia de comunicación o ausencia de palabra, sino ausencia de palabra vana.

En el silencio material, dejada aparte la estupidez que es negación de vida humana, está hablando nuestro interior o están hablando las cosas que por los sentidos enganchan a nuestro espíritu y le arrastran hacia ellas. Hay voces interiores o voces exteriores que sin ser palabras orales nos están hablando constantemente.

El silencio diríamos que es como el regulador de las palabras: hace callar a los signos vocales cuando importa atender a lo interior o a las impresiones silenciosas de fuera; y hace surgir la palabra oral cuando importa sacudir la estupidez, orientar nuestra atención o movernos a consultar nuestro propio espíritu.

El silencio consiste en callar, mas no para anonadarnos,

(4) H. AGATÓN: Op. cit, pág. 21.

no para destruir o dejar ociosa nuestra capacidad de conocer, sino para que las cosas nos hablen directamente y comprendamos sus palabras mudas, para que Dios nos hable sin trabas y recojamos sus inspiraciones. Utilizando palabras agustinianas, diríamos que hemos de callar para comprender «la multitud de cosas que penetran en nuestra inteligencia..., consultando interiormente la verdad que reina en el espíritu» (5).

Mas como el alma del hombre es deficiente de suyo y está en peligro de error, a veces encuentra oscuridad en su interior; esta oscuridad se manifiesta en la incapacidad de enlazar las verdades que ya el hombre posee con las que le sugieren las cosas, o en la incapacidad de descubrir el verdadero sentido trascendental de los acontecimientos y de las obras humanas; entonces el silencio consiste en apagar o en hacer callar, con una enseñanza oral, las voces interiores que nos empujan al error y al mal.

El silencio es siempre, y en esto tiene razón el conocimiento vulgar, ausencia o represión de palabras; si las palabras interiores han de enriquecer la vida del hombre, entonces el silencio evita las palabras sonoras; mas si son las palabras interiores quienes habían de empujar al hombre hacia el mal, entonces el silencio hace enmudecer al interior liberando al espíritu mediante la palabra oral.

He aquí cómo el silencio, si en ocasiones hace callar, no es menos silencio al hacer hablar cuando hay que hablar.

JUSTIFICACIÓN DEL SILENCIO EN EL MAESTRO.

Ganado ya este concepto del silencio, podemos volver a poner ante nosotros las dificultades a que aludi.

El silencio es bueno para la vida, y por consiguiente para la vida del discípulo, mas parece que choca con la función

(5) SAN AGUSTÍN: *De Magistro*, cap. XI, 38.

magistral. Esta dificultad incluye una excesiva separación entre la vida del maestro y la del discípulo. Es verdad que al estar unidas ambas por un vínculo de subordinación no se pueden considerar iguales maestro y discípulo; mas salvada esta diferencia, ¿qué otra cosa ha de hacer el maestro sino poner constantemente su vida ante los ojos del discípulo para que en ella vaya éste intuyendo, conociendo o adivinando el camino de la perfección? ¿No resulta extraño que pueda existir algo bueno para la vida y que no sea bueno en la educación? No se concibe cómo esto pudiera ocurrir si pensamos que la educación es preparación para la vida e incluso ella misma es vida. Podemos pensar en las múltiples formas en que se da el proceso educativo, mas de ellas es el ejemplo el que tiene fuerza mayor. ¿Cómo de un maestro charlatán pude el discípulo aprender el valor de una vida silenciosa o el valor del silencio en la vida?

Por lo que a la fe se refiere, es verdad que entra por el oído, de suerte que no podemos negar el valor de la palabra como despertador de la fe ni prescindir de su apoyo para que en nosotros comience la vida sobrenatural. Mas una vez iniciada esta vida no crece a fuerza de palabras externas, sino más bien siguiendo la voz interior de Dios, que vive en el centro de nuestra alma.

El proceso de la vida sobrenatural en el hombre viene condicionado por la suave alternación, silenciosa, de las inspiraciones del Espíritu Santo y de la palabra del director espiritual. La fe que entra por el oído es como la chispa que hace comenzar el fuego, pero éste vive y ha de ser alimentado en el interior, en el hondón del alma diría nuestro fray Juan de los Angeles.

Es verdad también que el hablar pertenece al maestro: mas en sentido absoluto uno solo es el maestro, precisamente el que con palabras interiores, sólo perceptibles en el silencio material, enseña la verdad al alma. En buen concepto cristiano es Cristo el único Maestro, que parece siempre debería hablar... y a veces también se calla. Se calló en

su vida humana, replicando con su silencio a las preguntas frívolas y vanidas (6). Se calla en su vida divina cuando deja al alma en oscuridad para fortalecerla, para purificarla en el dolor y en la sequedad.

Bajando un poco nuestro punto de mira, pensando en el magisterio ordinario del maestro, y precisando más, de un maestro seglar, podemos examinar el valor del silencio desde el punto de vista de la formación intelectual y desde el punto de vista de la formación moral.

EL SILENCIO Y LA FORMACIÓN INTELECTUAL.

Mirando a la formación intelectual, bueno será recordar que las palabras, como signos de las cosas, lo que hacen es «llevar nuestro espíritu hacia la cosa significada» (7) o evocar en nuestro espíritu «las cosas mismas de las cuales son signos las palabras» (8).

La verdad no está en las palabras, sino es la relación de nuestra mente con las cosas; de suerte que apenas las palabras hayan provocado el enfrentamiento del espíritu con la realidad, deben desaparecer, porque se convertirían en obstáculos para la aprehensión de la verdad. He aquí por qué San Juan Bautista de la Salle quería que los maestros evitasen el «hablar sin necesidad» (9).

A mayor abundamiento, no podemos olvidar que hay «mil cosas que pueden mostrarse por sí mismas y sin necesidad de signos» (10). En este caso, las palabras son un estorbo; lo que al maestro le cabe hacer es asistir, silleriosamente complacido, a la relación fácil o difícil que se entabla entre el escolar y las cosas que tiene delante. Bueno será recono-

(6) SAN AGUSTÍN: *De Magistro*, cap. VIII, 23.

(7) Ib., cap. I, 2.

(8) LUCAS: XXIII, 9.

(9) H. AGATÓN: *Las doce virtudes...*, pág. 24.

(10) SAN AGUSTÍN: Op. cit., cap. III, 6.

cer honradamente el valor que en este caso tiene el llamado movimiento de la escuela nueva al limitar la acción del maestro y preferir que sean las cosas quienes directamente enseñen al alumno.

Dos razones abonan por la primacía del contacto entre el alumno y la realidad. En primer lugar, la superioridad del aprendizaje directo sobre el aprendizaje montado en palabras, ya que «no procede de la boca del que habla la cosa que se significa, sino el signo con que se significa (11). En segundo lugar, no puede olvidarse la fundamental necesidad de preparar al discípulo para vivir y aprender por su cuenta: al maestro no le tendrá siempre al lado para adoctrinarle, y las cosas constantemente han de rodear su vida. De aquí la recomendación de que el maestro hable «lo estrictamente necesario para no pecar contra la primera función de la virtud del silencio» (12).

EL SILENCIO Y LA FORMACIÓN NORMAL.

Mas si el silencio tiene una clara misión en la educación intelectual, quizá se haga más operativo en el campo de la educación moral y concretamente en el espinoso y desagradablemente importante problema de la corrección.

Recordemos en primer lugar que la corrección viene determinada por una deficiencia; si todo fuera bien en el curso de la vida y en el transcurso de la educación, la corrección no tendría sentido; de suerte que la primera tarea correctiva podríamos decir que es evitar la corrección, haciendo desaparecer en la mayor medida posible las deficiencias del proceso educativo. Acabo de desvelar todo el hondo sentido de la educación preventiva, iniciada por San Juan Bautista de la Salle y llevada a sus últimas consecuencias por San

(11) Ib., cap. VIII, 23.

(12) H. AGATÓN: *Las doce virtudes...*, pag. 23.

Juan Bosco, que sin duda ninguna en muchos puntos se inspiró en las ideas lasalianas (13).

En el instante de evitar los castigos, el silencio desempeña un interesante papel.

«Pour éviter la fréquence des corrections, qui est un très grand désordre dans une école, il est nécessaire de bien remarquer que ce sont le silence, la vigilance et la retenue d'un maître qui établissent le bon ordre dans une école et non pas la dureté et les coups» (14).

A pesar de toda la acción preventiva que pueda realizarse, tenemos demasiado hincada en el alma la tendencia al desorden para que podamos prescindir de los castigos. Es preciso mucho cuidado y mucha habilidad para mantener el orden «sin usar casi la corrección», dice el H. Maximino; es decir, usándola poco, pero usándola al fin.

Ya que estamos obligados a usar de la corrección, de nuevo el silencio viene en ayuda del maestro:

«Debe ser silenciosa (la corrección), esto es, que debe recibirla el alumno sin proferir palabra, sin gritar, sin quejarse, sin murmurar; pues de lo contrario, manifestaría que no la recibe voluntaria ni respetuosamente» (15).

Mas ¿cómo pedir al escolar silencio si en el maestro hay gritos y arrebatos? A lo sumo sería el del alumno un silencio temeroso, el silencio del animal amedrentado ante la superioridad física del enemigo; no la ocasión de que el alumno vuelva sobre sí, descubra el desorden en su interior y se decida a remediarlo. De aquí el que San Juan Bautista de

(13) El hecho de que en la Casa Madre Salesiana en Turín se haya colocado una estatua de D. Juan Bautista de la Salle se puede interpretar como un reconocimiento colectivo de la influencia lasaliana en San Juan Bosco; para corresponder a esta gentileza, en la capilla del Santo Fundador de las Escuelas Cristianas en Roma se ha puesto una estatua del fundador de los Salesianos.

(14) FR. MAXIMIN: *Les écoles normales de S. J. B. de la Salle*. Bruxelles, 1922, pág. 135, cit. por FR. EMILIANO: *San Giovanni Battista de la Salle*, Rivista Lasaliana, Torino, pág. 140.

(15) H. AGATÓN: Op. cit., pág. 91. El paréntesis es mío.

La Salle antes de pedir silencio al discípulo pida silencio al maestro.

«Debe ser (la corrección) sosegada, es decir, hecha sin turbación, ni impaciencia, ni arrebatos, ni mal humor, y aun por lo general en silencio, a menos que se hable en voz baja y sólo por imprescindible necesidad» (16).

La corrección o el castigo no tienen otra razón de ser que la de una rotura del curso natural de la impulsividad en el educando. En definitiva, no es más que una llamada al espíritu del escolar para que contenga sus impulsos, vuelva sobre sí y reemprenda el camino del bien.

El castigo, al quebrantar «de algún modo eficaz el curso natural de la actividad interna, impulsa al espíritu del niño a reflexionar sobre sí mismo, y este es su propósito. Desea provocar la introspección en él que ha sido castigado; hacerla atender suficientemente a lo que ha tenido lugar en su vida interior. Debe llegar a ver que su castigo era merecido» (17). Gualquier tipo de castigo que únicamente modifique conducta externa sin la previa rectificación interior podrá ser obra de adiestramiento animal, no de educación, que siempre es humana.

Ahora bien; para la conducta externa quizá sean buenos los gritos y el látigo, instrumentos de domador o de cartero; para la auténtica corrección humana vale más el silencio, porque permite oír la voz interior del que obró mal. Muchos maestros, y también muchos padres, saben que una mirada es en ocasiones más eficaz que cualquier palabra.

Aún podemos traer a cuenta una nueva razón para amar y utilizar el silencio en las correcciones: la defensa contra nosotros mismos, contra nuestras propias injusticias de maestros. La literatura pedagógica suele dar por supuesta la perfección moral del educador; mas de hecho ningún hombre se halla libre de las reacciones animales de su ser; y en muchas ocasiones el maestro reacciona ante una falta

(16) Ib., pág. 88. También es mío el paréntesis.

(17) W. REIN: *Resumen de Pedagogía*, trad. esp. Madrid, pág. 161.

de su discípulo dejándose llevar, no por el celo del orden perturbado o por el deseo de la perfección para el discípulo, sino por el espontáneo impulso del desagrado, del enfado o de la ira. Y entonces ¿cómo va a pedir reflexión quien empieza por obrar sin ella? Un lapso de silencio sosegará el espíritu del maestro y hará posible que su acción esté regulada por lo que la educación del discípulo pide.

Mas no se crea que sólo para la evitación y el recto uso de los castigos es bueno el silencio. En el aspecto positivo de la educación moral, las convicciones y los sentimientos se transfieren con palabras, sí, mas no con palabras excesivas, ni en la cantidad ni en el tono, sino con la intensa vivencia de tales convicciones y sentimientos por parte del maestro.

«Si queréis persuadir, dice San Bernardo (18), mucho más lo conseguiréis por los sentimientos afectuosos que por las declamaciones.» Estamos ante una condenación de la retórica frente a la realidad como medio de educación.

EL SILENCIO Y EL ORDEN.

Mirando a la educación escolar, no fragmentariamente, sino de un modo total, nos encontramos con dos maravillosos frutos del silencio que el hermano Agatón señala: «La primera función del silencio—escribe (19)—produce orden y tranquilidad en la clase... y proporciona al maestro el reposo.»

Una bella creencia popular dice que cuando en una reunión de personas cesan impensadamente todas las conversaciones es que pasa un ángel; yo sospecho que con el ruido de nuestras palabras ahuyentamos lo mejor de nuestro espíritu, que sólo retorna a nosotros en el ámbito del silencio. La agitación afanosa de un aula es eficaz en la medida que permite, por su silencio, que cada escolar se dedique a su quehacer.

(18) SAG BERNARDO: *Sermón 59*, núm. 83, sobre los *Cantares*.

(19) H. AGATÓN: *Las doce virtudes...*, pág. 22.

Basta una sencilla experiencia para comprobar que hasta los escolares más pequeños aprecian el silencio. En medio del ruido normal de un grupo de niños trabajando, propónesles que vean si son capaces de guardar silencio durante un corto tiempo, mirad después las caras de los escolares y en la mayoría de ellos veréis reflejada la doble alegría de saber vencerse y de gozar del silencio.

Por lo que hace al reposo del maestro, solamente con pensar que una de las condiciones del fracaso en la tarea magistral es la necesidad de partir la atención para atender a cosas dierzas (20), se atisba ya la necesidad que de reposo tiene el maestro; y bueno será aclarar que reposo no significa aquí descanso, sino atención sosegada a un solo objeto.

EL SILENCIO Y EL USO DE LA PALABRA ORAL.

Después de haber concebido el silencio como una regulación de las palabras, no estará de más decir que si de un lado el silencio manda suprimir toda palabra ociosa, de otro proporciona un singular relieve a las palabras que se dicen. «Ninguno habla con acierto sino el que calla de buena gana», escribió Tomás de Kempis (21). La explicación de esta verdad es fácil; basta mirar a nuestra propia limitación y ver que no tenemos suficiente riqueza espiritual para llenar de contenido nuestras palabras si no hacemos otra cosa que hablar y hablar; si constantemente nos estamos vertiendo en conversaciones exteriores, nuestra vida interior se va haciendo flácida y vacía; recíprocamente, cuando son pocas las palabras que decimos, pueden salir apretadas, grávidas, vigorosas. De aquí que San Juan Bautista de la Salle pida a los maestros que eviten el «expresarse sin vigor, sin claridad ni exactitud» (22) por ser contrario al silencio.

(20) Vid. Gates and others, *Educational Psychology*, New York (Mac Millan), 1946, págs. 766 y 767.

(21) *Imitación de Cristo*, lib. I, cap. 20.

(22) H. AGATÓN: Op. cit., pág. 24.

Platón dice en el Timeo que las palabras tienen una especie de parentesco con las cosas que expresan por lo que «los discursos referentes a las cosas estables, inmutables e inteligibles, deben ser estables, inquebrantables e invencibles, si puede ser, frente a toda reputación» (23). Hay que labrar bien las palabras, con sosiego, para que salgan resistentes como sillares; con mayor necesidad en el maestro cristiano, porque pretende hacer obra para la eternidad.

EL CRITERIO PARA HABLAR Y CALLAR.

Brevemente hemos pasado revista a la proyección del silencio en la obra educativa. Mas pudiera todavía quedar la duda que aún está el rabo por desollar, ya que nos falta el criterio para elegir en cada caso el uso de las palabras o la prescindencia de ellas.

Este problema tiene una solución compleja porque hay que dejar en definitiva a la discreción del maestro la elección de los momentos para hablar y para callar. Pero debe prevalecer, sin embargo, la inclinación a hablar más bien poco que mucho.

Hay en esta inclinación una clara resonancia de la tradición cristiana de humildad y de la doctrina aristotélica de la veracidad, recogida y perfeccionada por Santo Tomás.

«Propio es de la virtud de la veracidad, escribe Santo Tomás (24), propender a decir menos del bien existente en el individuo, afirmando: mas no negando el bien, que realmente hay en él.

El tender a lo menos por la verdad sucede de dos modos: primero, afirmando, como cuando alguno no manifiesta todo el bien que hay en él mismo, v. gr., la ciencia o la

(23) PLATÓN: *Timeo*. Nueva Biblioteca Filosófica, XVI. Madrid, 1936, pág. 137.

(24) SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma Teológica*, II.a-IIae, c. 109, art. 4.^o

santidad o cosa análoga; lo cual se hace sin perjuicio de la verdad, pues en lo mayor se comprende también lo menor, y según esto esta virtud declina a lo menos; porque esto, como dice Aristóteles (lib. 4 de la Etica) parece ser más prudente «a causa de las gravosas exageraciones: puesto que los hombres, que dicen de sí mismos cosas superiores a lo que son, se hacen onerosos a los demás, como queriendo aventajárseles; mientras que los que dicen menos de sí mismos son gratamente oídos, como condescendiendo con otros por cierta moderación»; por lo cual dice el Apóstol (II Cor. 12, 6): si me quisiere gloriar, no seré necio, porque diré la verdad; mas dejo esto para que ninguno piense de mí más de lo que en mí ve u oye de mí.»

Yo diría, volviendo a traer estas reflexiones al campo pedagógico, que cuando un maestro no sabe si el alumno será capaz o no de encargarse con la realidad resuelva la duda callándose y dejando al alumno enfrentarse con las cosas. Con tal solución tendremos doble ventaja: daremos al escolar ocasión de probar sus fuerzas y además se las aumentaremos con el empuje de nuestra esperanza puesta en él únicamente.

En el dejar que el alumno pruebe sus fuerzas se apoya toda una pedagogía del valor de la valentía, que aspira al fortalecimiento de la voluntad. La posibilidad de que el escolar haga algo contando únicamente con sus fuerzas es una escuela para el valor. Ningún educador puede olvidar «que en los ánimos flojos y desmayados actúan fácilmente los espíritus malvados» (25), y por eso ha de considerarse al valor como un precioso recurso de educación.

(25) Vid. REIN: Op. cit., pág. 149.

CONCLUSIÓN.

Para acabar, San Juan Bautista de la Salle quiere que sus maestros se formen acostumbrándoles poco a poco a guardar el silencio (26), teniendo sin duda presente que la tarea educadora no es obra ruidosa, sino «silenciosa y operativa misión», empleando frase de un autor actual (27). Por otra parte, el silencio hace más eficaces las palabras, dándoles contenido y vigor por ser pocas, y acerca en el mayor grado posible el lenguaje de los maestros al mismo lenguaje de la Revelación, en la cual las palabras son «sublimes con humildad y breves con abundancia» (28).

Una acción docente silenciosa es el mejor camino para que los escolares lleguen a ser capaces de percibir la música callada de que habla nuestro San Juan de la Cruz, que es inteligencia sosegada y quieta, sin ruido de voces.

VÍCTOR GARCÍA HOZ.
Catedrático de Universidad de Madrid

(26) Vid. DR. H. C. GABRIEL: *Los Seminarios de Maestros Rurales de San Juan Bautista de la Salle*. Madrid, s. a., pág. 26.

(27) JOSÉ MARÍA ESCRIVÁ: *Camino*, núm. 970.

(28) SAN AGUSTÍN: *Confesiones*, Lib. XII, cap. 30.

S U M M A R Y

Only by analyzing the idea of silence we can include this attitude among the virtues of those who perform the teaching function. The doctor García Hoz defines silence as the absence of every useless word. The idea of silence is justified in the teaching function if we consider the value it has for the intellectual and moral education. In the first aspect it is generally acknowledged the superiority of direct, silent learning and the necessity of training the pupil to learn by his own. In the second aspect silence is an excellent means to avoid punishments and an efficient auxiliary in the administration of the same.

Silence puts order into education and social relationships; now and then the teacher shall be silent to see in what way the pupil can confront truth.

The author ends by remembering that S. John Baptist de la Salle recommends the habit of silence in the training of teachers.